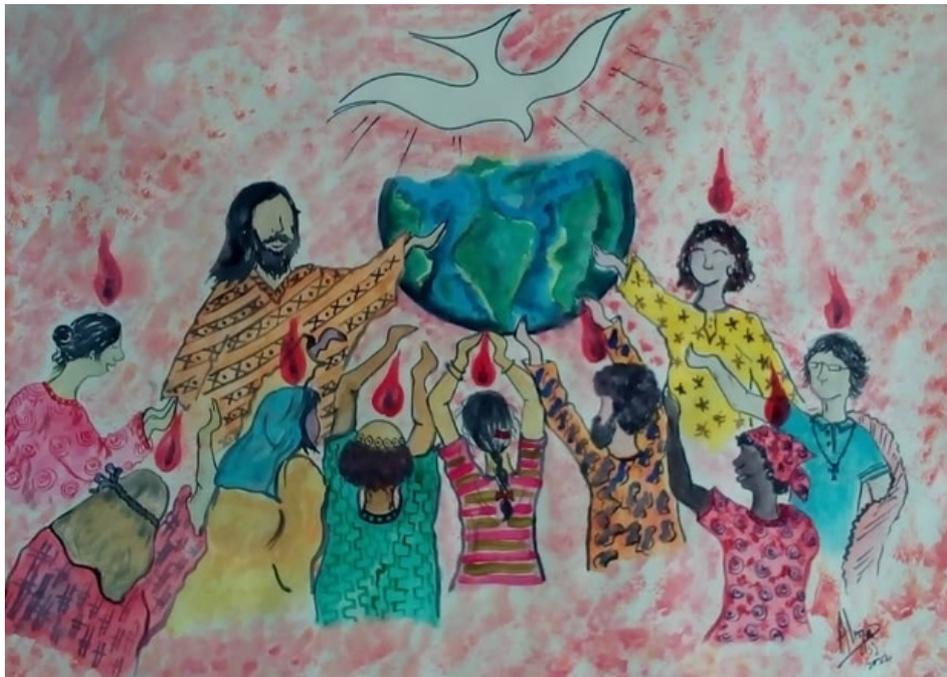


VII AG 04

MISIÓN COMPARTIDA



PREPARACIÓN VII ASAMBLEA GENERAL

CAMINO FORMATIVO

1

HERMANAS CARMELITAS TERESAS DE SAN JOSÉ

VIDA Y MISIÓN COMPARTIDAS

1

Laicos y religiosos hoy

Tomado del libro de José María Arnaiz

INTRODUCCIÓN

Este primer documento contiene los siguientes temas:

- Reflexión teológica para la nueva mutua relación laicos-religiosos.
- Identificar lo que es común entre laicos y religiosos.
- Identificar lo que es diferente entre laicos y religiosos.
- Reforzar y profundizar lo que es común a los laicos y religiosos.
- Hacer complementario lo que es diferente entre laicos y religiosos.

METODOLOGÍA

Lee el material, a nivel personal o en grupo de Hermanas y/o laicos, según se haya acordado.

- Subraya lo que te llame la atención.
- Comparte las preguntas.

REFLEXIÓN TEOLÓGICA PARA LA NUEVA MUTUA RELACIÓN LAICOS-RELIGIOSOS

Estamos en un momento eclesial y de vida consagrada oportunos para hacer esta reflexión. En ella no nos van a servir los criterios igualitaristas en los que se olvida lo específico y genuino, y tampoco los excesivamente diferenciadores. En ella no se pueden olvidar unos criterios tan básicos como los siguientes:

-En la Iglesia, lo que es propio no es exclusivo, la falta de la debida autovaloración de algunos laicos y el exceso de celo de algunos religiosos han hecho que fueran considerados como exclusivos de la vida religiosa ciertos elementos comunes de la existencia cristiana. La llamada al seguimiento de Jesús, el hecho de tener vocación, la experiencia mística y contemplativa no es algo exclusivo de los religiosos.

- Lo que es común no puede faltar a nadie. No es sano olvidarse de los sustantivos y anteponer a ellos los adjetivos. Cristiano es anterior a religioso, a laico y a ordenado. El bautismo es condición esencial y antecede a la consagración religiosa.

-A nadie le puede faltar la originalidad, que hace posible la diversidad: los adjetivos también son necesarios. La variedad está en el origen de la belleza y de la verdad. No hace nada bien convertir en igual lo que es diferente. Se tiene que buscar la unión, pero sin llegar a la confusión.

-La comunión se consigue a partir de la diversidad y no de la uniformidad. El gran desafío de la Iglesia y de la sociedad es acertar a vivir la comunión sin llegar a la uniformidad, que termina con la originalidad. Para ello, la aplicación de la ley de analogía nos presta una gran ayuda en éste como en muchos otros temas de la vida de la Iglesia.

- Lo que es diferente no separa, sino que distingue a cada uno y enriquece el conjunto. La tendencia en la vida consagrada ha sido separarse de los laicos, y a veces ha olvidado que a lo que estamos llamados con la profesión de consagración es a ser cristianos y a vivir y trabajar en comunión.

- Lo que es recíproco crea y favorece la interacción e interdependencia, pero no debe suprimir la debida autonomía. Así nace la adecuada relación mutua entre lo carismático y lo ministerial, que tendrá como telón de fondo la fraternidad cristiana (LG 32). Por eso se llega a afirmar que, «en la Iglesia-comunión, los estados de vida están de tal modo interrelacionados entre sí que están ordenados el uno al otro».

Las soluciones igualitarias hacen un flaco servicio a la eclesiología que hay detrás de esta mutua relación religiosos-laicos. El competir como iguales haciendo caso omiso de lo genuino tiene efectos negativos. Pero también hacen un flaco servicio las soluciones excesivamente diferenciadoras que discuten incluso a posibilidad de la alteridad y de la integración entre religiosos y laicos. La misión y vida compartida no puede ser la puerta falsa y fraudulenta hacia un final o reducción de la vida religiosa apostólica, y tampoco debe ser la puerta falsa y peligrosa hacia una sobre exigencia del laicado, llevándolo a un compromiso eclesial que sea una duplicación de la vida religiosa.

Aplicando estos grandes principios, cuatro serían las propuestas de una reflexión teológica que pueden orientar esta relación e interacción laicos-religiosos y la necesaria iluminación sobre la misión y vida compartidas.

A) IDENTIFICAR LO QUE ES COMÚN ENTRE LAICOS Y RELIGIOSOS



¿Qué tienen en común laicos y religiosos si miramos tanto al horizonte de la Iglesia como, sobre todo, al horizonte del Reino? Señalo ahora varios de esos elementos comunes:

-Mueve a todos el seguimiento de Jesús y la referencia al Reino. Ahí se encuentra todo el pueblo de Dios; y este pueblo de Dios trabaja para que el Reino venga. Es el gran tesoro y el gran horizonte común a todos. El seguimiento de Jesús tal como lo propone el Evangelio, tarea de religiosos y de laicos, no está reñido, por supuesto, con el compromiso vital con la cultura, la ciencia, la economía, la política, el arte, el trabajo, la vida social del laico. Al contrario, incita a unos y otros a poner paz, justicia, verdad, libertad, amor en el proceso de humanización y de salvación, que son los signos de la llegada del Reino; ya ponerlo en el dominio privado y en el público.

-Modo existencial cristiano, que lleva a participar en la vida y en la misión de la Iglesia y en el anuncio del Reino. Tanto la vida consagrada como el laicado aportan a la Iglesia no solo lo que hacen, sino lo que son: creyentes, y el modo de ser y proceder que de ello se deriva.

-Parten todos y todo de un don carismático recibido. Laicos y religiosos pueden tener una vocación carismática común. Tanto la vida consagrada como los laicos pueden descubrirse a sí mismos como un don del Espíritu a la Iglesia para el mundo. Por eso, laicos y religiosos deben tomar conciencia de su vocación, darse cuenta de que han recibido un carisma suscitado por el Espíritu, y este carisma consiste en una especial comprensión y expresión del Evangelio. Se nota cuando un creyente tiene conciencia de que ha recibido ese don.

-Todos con igual dignidad, derechos y deberes. Todos hemos sido llamados a la fe; hemos sido ungidos por el Espíritu en el bautismo y en la confirmación. De aquí nace «la igual dignidad de todos los miembros de la Iglesia, que es obra del Espíritu Santo» (VC 31). Todos los integrantes de una parroquia, una comunidad cristiana, somos cristianos. Este es el término primario y original de toda la teología, y nos encontramos en la consagración bautismal. Cristianos para todos es el sustantivo; laico - cristiano laico, cristiano religioso- es el adjetivo. La vocación cristiana trae exigencias, estimula, desafía; pide mucho. Los derechos van por la línea de la participación, el respeto a la conciencia, la libertad, la fraternidad y la inclusión.

-Juntos participan activamente en la misión de la Iglesia. La misión de los religiosos y los laicos es la misma. Brota de la misión de Dios en Cristo y en el Espíritu Santo. La misión de instaurar el Reino es la que reúne. Esa misión consiste en trabajar por el Reino, es decir, por llevar el Espíritu de Cristo a todas las realidades temporales y a través de las más diversas actividades e iniciativas, tanto personales como comunitarias (LG 31-36).

-No podemos prescindir de una rica herencia espiritual que hace vivir todos los elementos de la vida cristiana con una novedosa fidelidad. Estos elementos forman parte de la vida consagrada y de las comunidades laicas. Por ello, bien podemos decir que la vida consagrada se ha originado en los movimientos laicales carismáticos, y en ella se condensan dichos movimientos. La Iglesia que vive intensamente el Evangelio engendra vida consagrada y comunidades de laicos.

La asimilación de una eclesiología en la que prima lo común, la comunión vital y la articulación de los distintos miembros del pueblo de Dios conduce a una Iglesia participativa y no clericalizada; la vida de modelo eclesial al que nos encaminamos. Estos principios nos permiten pensar en una comunión orgánica y en una organización comunitaria hecha de vocación, carisma, misión y ministerios compartidos.



B) IDENTIFICAR LO QUE ES DIFERENTE ENTRE LAICOS Y RELIGIOSOS

Ser conscientes de la igualdad es importante; serlo de la originalidad que lleva a la diversidad no lo es menos. La una y la otra son obra del Espíritu (VC 31). Junto con los dones comunes se dan tanto en las personas como en los grupos de dones diversos, particulares y distintos (1 Cor 12,11). No hay duda de que cada una de las formas de vida en la Iglesia tiene su específica capacidad de representación y significación de Cristo. Solo así el testimonio coral de la Iglesia se hace fidedigno. En una cultura relacional como la nuestra es importante establecer lo que es peculiar tanto del laico como del religioso. Aceptar ser distinto y saber con precisión en qué se es diferente no es poco. Resulta beneficioso identificar y respetar la especificidad de los carismas propios de los laicos y de los religiosos. *Necesitamos saber transmitir de una manera clara y sencilla la originalidad de la vida consagrada y del ser laico; necesitamos también darnos cuenta de que no hay que definir a los laicos en función y a partir de los religiosos, sino a la inversa, y aceptar con gran gozo en la Iglesia la realidad de "una igualdad diferenciada". La consecuencia de todo esto consiste en saber ser cercanos y saber diferenciamos. Es indispensable acertar a decir con toda claridad qué es lo que distingue o «añade» la profesión del consagrado a la condición laical, y qué es lo que supone el compromiso laical para el religioso. Sin claridad en este aspecto no puede echar a andar una pastoral vocacional. Por lo mismo, hay dos cosas que es importante evocar: las diferencias de las que hablaremos son correlativas; la belleza del mosaico eclesial viene de la diversidad y originalidad de las distintas piedras que lo integran. Veamos cómo se expresan estas realidades y resulta el mosaico.*



-La llamada o **vocación**, tanto a la vida consagrada como a la vida laical, son reales en ambos casos, pero son llamadas diferentes. La llamada a la vida consagrada corresponde a un don específico del Espíritu (VC 30) que origina una forma paradigmática de vida cristiana. La del laico origina otra forma paradigmática. La llamada a la vida consagrada es original y específica; y de hecho menos frecuente que la de los laicos. La respuesta a esta llamada nos coloca en la condición de la vida consagrada, y la laical en la de laico. Constituimos dos modos diversos de ser la misma cosa: cristiano. Unos y otros somos formas de vida cristiana o evangélica.

Los religiosos pertenecemos a un instituto religioso. Los laicos tienen otro nivel de asociación, y el elemento estructural fundamental es, en la mayoría de los casos, la creación de una familia. La intensidad de la pertenencia a sus asociaciones, si las tienen, es menor que la del consagrado a su instituto. Para el consagrado, su propio instituto asume los roles de una verdadera familia y le asegura alimento y techo, salud y trabajo, grupo y misión, con las ventajas y los inconvenientes que ello supone. Para el laico, todo está centrado en la familia.

- Una **consagración** específica que, sin ser sacramental, compromete a los religiosos a abrazar los consejos evangélicos para conformarse con Cristo pobre, virgen y obediente (VC 31), y situarse de manera diferente frente a los bienes materiales, el cuerpo, el sexo, la libertad y el poder. Esta consagración tiene una nota de radicalidad que acentúa el acercamiento a Dios y a los hombres a la luz del Evangelio¹⁴. Esta consagración asume, por supuesto, la común consagración bautismal y crismal del laico, y la intensifica y la orienta a mantener viva la conciencia de los valores fundamentales del Evangelio. No es superior ni nos hace superiores o mejores. Solo diferentes.

-El laicado no debe duplicar la vida consagrada ni a la inversa. Por lo mismo, hay que insistir en la secularidad del laicado. La vida consagrada en la Iglesia en este momento tiene que ayudar a esta especificidad. Los compromisos eclesiales y los profesionales se tienen que interrelacionar bien. Para ello se precisa juntar y armonizar vocación y profesión, trabajo y presencia, servicio eclesial y vida ciudadana.

-La misión es común, pero los **ministerios** suelen ser diferentes y peculiares, aunque no tanto en el caso de las religiosas, como en cada una de las formas de vida cristiana. Laicos y religiosos no solamente pueden hacer las cosas de distinta manera, sino que hacen algunas cosas diversas. A los laicos les corresponde ser agentes de la misión ad extra de la Iglesia. Su carisma y ministerio prioritario consiste en ser Iglesia siendo de Iglesia.

Lo ejercitan transformando la sociedad, anunciando el Evangelio y buscando las estructuras sociopolíticas, económicas y culturales que favorecen la justicia y la paz. Lo llevan a cabo con el anuncio, y de un modo especial con el testimonio. La nueva evangelización será nueva si los laicos son protagonistas y no meros destinatarios de ella, ya que se tiene que hacer "en" y "desde" las realidades temporales: política, arte, cultura, economía, trabajo y comunicaciones. Así será nueva en el contenido, en el método y en el lenguaje, y el mundo se transformará en Reino de Dios.



A los religiosos les corresponde prioritariamente una acción en la Iglesia ad intra, lo cual supone que su dedicación preferencial sea a la evangelización directa, la catequesis, la formación en la fe, la animación espiritual, la celebración litúrgica, y todo ello lo harán con una gran movilidad misionera y con mucha itinerancia y creatividad.

14. «Misión peculiar de la vida consagrada es mantener viva en los bautizados la conciencia de los valores fundamentales del Evangelio» (VC 33).

Por supuesto que a los religiosos y religiosas les corresponde ser corazón del carisma que anima la misión, y tienen preferencia y dan prioridad a algunas características propias de la misión: preferencia por los destinatarios más pobres; por los más alejados de la Iglesia; por los más necesitados de misericordia.

La llamada es a vivir formas de vida diversas. *En la del consagrado resulta especialmente evidente la llamada al celibato, también a la obediencia y a la pobreza, a la vida comunitaria, a la dedicación prioritaria del tiempo y de las energías a anunciar e iniciar en la fe y a una forma de vida en la que cuenta mucho el espacio del día dedicado a la oración y a los compromisos vividos en lugares de frontera.*



En todo esto, el polo escatológico, común a toda la vida cristiana, cobra un relieve especial en la vida consagrada. Se identifica con la tensión hacia la plenitud todavía no consumada del actuar de Cristo. Los laicos ponen más fuerza en la obra ya acontecida y realizada por Cristo, en el ahora y en el aquí. Conducen la realidad hacia la integración y la transparencia del Reino. Por supuesto, al cristiano laico no le falta nada para vivir una vida plenamente cristiana. Se define por lo que es en sí mismo. No tiene necesidad de acudir a lo que no es. La secularidad es algo propio y peculiar del cristiano laico (LG 3 1; ChL 15 y 17). Se manifiesta, de una manera especial, en las realidades ordinarias de la vida: familia, profesión, educación, comunidad política y realidad económica. Los ministerios laicales tienen una especificidad, un talante y un sentido teológico propio que nace de una nueva comprensión de la Iglesia.

La llamada a la comunión está arraigada en la misma vida consagrada. Antes de partir en misión, los religiosos son formados en comunidad y deben aprender fraternidad; aprenden a acoger y a compartir. La comunidad religiosa no se encierra en sí misma, sino que contagia vida, y lo hace como fruto de una experiencia fuerte. Pone comunión en el conjunto de la familia carismática y en el conjunto de la Iglesia.

C) REFORZAR Y PROFUNDIZAR LO QUE ES COMÚN A LOS LAICOS Y RELIGIOSOS

Es un hecho que no siempre se ha dado la adecuada interacción entre vida consagrada y vida laical. Cuando ésta se consideró como una forma deficiente o disminuida de la existencia cristiana, con frecuencia se vio la vida consagrada como una forma superior o más perfecta, más excelente. Por tanto, es justo y necesario reforzar lo común, ya que lo que nos une a laicos y religiosos es mucho más determinante que aquello que nos diferencia.

-La vida; una vida que hace que todos podamos llamarnos «compañeros» y correr en la misma carrera y hacia la misma meta, y estar motivados por el mismo sueño: una humanidad en la que cada uno tiene lo que necesita, y unida por el amor, y con una definida dimensión trascendente que lleva a la comunión con Dios y que nos hace hermanos.

-La *inserción en la realidad*. Esto es acercamiento al necesitado, al sufriente, al humillado, al increyente, al hombre y mujer de la calle y a la cultura. Esto debemos reforzarlo todos. Unos y otros somos ciudadanos, y como tales tenemos tarea y misión en la calle, en la plaza, en la ciudad y en la vida pública.

-El vivir la *fe, la esperanza y el amor* es una meta que ha de ser reforzada por parte de todos, sobre todo cuando se hace dentro de la comunión eclesial.

-La *historia común*. En un primer momento, todos éramos parte del mismo movimiento inicial; poco a poco nos convertimos en instituciones diversas que nos quisimos distantes. Debemos reforzar lo común.

-La *referencia al carisma*. Los religiosos, por una parte, no deben considerarse «depositarios» del carisma, ni apropiárselo, ni monopolizarlo. Pero, al mismo tiempo, deben sentirse «corazón, memoria y garantes» del mismo. A los laicos les toca poder expresar mejor las implicaciones que trae en el día a día de sus vidas, y a todos agradecer el don recibido. En todos se debe dar una clara referencia a él.

-Es común la llamada a *la santidad*, ni más ni menos. Santidad que tiene expresiones y realizaciones distintas según esté encarnada en un cristiano laico o religioso.

No hay duda de que el intercambio consagrado-laico favorece el enriquecimiento mutuo y el refuerzo de la común vocación. Los religiosos tenemos necesidad de los laicos, y estos de los religiosos. Para que se responda bien a esta necesidad se debe profundizar la *comunión orgánica* entre ambos grupos.

D) HACER COMPLEMENTARIO LO QUE ES DIFERENTE ENTRE LAICOS Y RELIGIOSOS

Este es un aspecto importante y en parte nuevo en la vida de la Iglesia. En ella, durante mucho tiempo, se ha defendido que la comunión se logra a partir de la uniformidad. En esa vida y en el Reino, todas estas dimensiones diferentes no conducen a la exclusión ni a la oposición, sino que se integran entre sí con acentos diversos *in bonum totius Ecclesiae**. Puede ser conveniente en determinadas ocasiones que la comunidad esté integrada por religiosos y laicos, por célibes y casados, por hombres y mujeres, por sacerdotes y fieles.

**In bonum totius Ecclesiae* - en bien común de la Iglesia.

Así se daría inicio «a un nuevo capítulo, rico de esperanzas, en la historia de las relaciones entre las personas consagradas y las laicas» (VC 54). Hace bien que los laicos pidan a los religiosos fidelidad a su consagración, y que los religiosos pidan a los laicos inserción comprometida en las realidades temporales (ChL 55). *Lo que distingue a los laicos de los religiosos no significa para ninguno de ellos una mayor dignidad, sino una especial y complementaria capacitación para el servicio* (ChL 20).

No hay duda de que ha habido un momento en la historia en el que sobre todo hemos puesto de relieve las diferencias, las fronteras, y hasta los muros. La vida religiosa era vista sobre todo *en clave de aislamiento, incomunicación o de mera yuxtaposición, y sobre todo en relación con los laicos*. Esto no ha sido bueno, y todavía hoy pagamos las consecuencias. Debe ser muy otro el modo de proceder ahora.

Incluso estamos urgidos a un trasvase de lo que se considera «significativo» de los religiosos o de los laicos; es urgente reducir lo que se ha considerado «exclusivo» de unos o de otros. Se nos pide dar un salto más. Lo que se consideraba exclusivo de los religiosos, como la consagración, los consejos evangélicos, la vida comunitaria, el partir en misión, la prolongada e intensa vida de oración, perfectamente puede ser asumido por los laicos. No puede faltar la creatividad y la originalidad para dar con el «cómo» hacerlo. Todo eso mezclado con secularidad y laicidad adquiere dimensiones nuevas de las mismas realidades. Dimensiones que, por lo demás, le hacen bien a la vida consagrada, ya que se pueden traducir la secularidad en presencia viva y encarnada en el mundo y la laicidad en modo de estar y proceder en la Iglesia. A esta y a la vida consagrada les hace mucho bien asumir la laicidad y empaparse de ella.¹⁵

¿Qué es lo que es diverso que puede ser complementario? ¿Qué conciencia tenemos de lo que podemos aportar cada uno? Los laicos no son, como se ha dicho, "criptorreligiosos". La belleza de la expresión laical es muy grande, y a veces la necesitan -y con urgencia- los religiosos.

Pueden ser diversos los modos de vivir la fe, de hacer la oración, de servir a los pobres, de anunciar el Evangelio, de entender la vida comunitaria en matrimonio y en un grupo de vida célibe, en un apartamento de escasos metros cuadrados y en una amplia casa de una comunidad religiosa o en una sencilla residencia de una comunidad de inserción; será diferente el empleo del tiempo en un horario de consagrado que en un horario de madre de familia. La versión laical y la consagrada del carisma y de la espiritualidad son diferentes. Durante un cierto tiempo, toda la espiritualidad se ha transmitido en un «embalaje» de vida consagrada. Un consagrado aprende mucho del modo de vivir la sexualidad y de amar de una pareja; lo mismo ésta de la manera en que lo hacen los religiosos. Por tanto, el papel del consagrado y del laico

15. "Sólo dentro de la Iglesia como misterio de comunión se revela la identidad de los fieles laicos, su original dignidad. Y solo dentro de esta dignidad se puede definir su vocación y misión en la Iglesia y en el mundo" (ChL 8,6).

es vivir para compartir. Un carisma se afirma y se hace significativo para el mundo actual cuando se encarna en el contexto familiar o al servicio de la política o la economía y se formula por quienes viven eso mismo.

- Si la misión es la misma para un grupo de cristianos religiosos y laicos, los ministerios pueden ser diferentes, como diferentes son entre un religioso y otro y entre una congregación religiosa y otra. Desde esa diversidad de ministerios o tareas se puede servir a la misma comunidad y responder a sus distintas necesidades.

- Cuando un carisma se encarna en las diferentes formas de vida cristiana surgen intuiciones fuertes tanto en el nivel de la motivación como de la visión de la realidad, ya que «el religioso es experto en vida espiritual» (VC 55). A un movimiento laico le hace mucho bien la presencia cercana e interacción de lo que es específico de la vida consagrada, que siempre ha sido y continúa siendo una escuela de vida en la que cuentan la pasión en la entrega a los demás, mantenida con una clara opción mística.

- No hay duda de que la espiritualidad de los laicos está marcada por la secularidad; secularidad que le puede hacer bien a la Iglesia, y en concreto a la vida consagrada. La secularidad le viene bien al laico y también al religioso, ya que le ayuda a no caer en la dicotomía entre el ámbito sagrado y el profano, y en los dos ámbitos hay signos de la presencia de Dios y del Reino. No hay duda de que el carisma fundacional que une a religiosos y laicos en torno a una misma misión les une también en torno a la lectura del Evangelio desde una misma clave.



Concluimos este apartado afirmando una vez más que no puede haber misión compartida si no hay vida compartida. La nueva identidad teológica de la vida consagrada y de la vida laical, vistas en relación con la común vocación cristiana, nos puede llevar lejos. Pero no es algo que se aprende y se adquiere de golpe y de una vez por todas. Es un proceso. Constituye una dimensión importante del camino formativo del consagrado y del laico. No todos los religiosos ni todos los laicos están preparados para aceptar esta nueva relación.

Ello es debido, en buena parte, a la falta de conciencia de la propia identidad. Aquí también podemos decir que nosotros y la Iglesia estamos haciendo camino al andar, y es conveniente seguir el consejo de los Padres del desierto: «Haz ya una parte del camino y así encontrarás luz para recorrer el siguiente tramo». Una de las cuestiones de mayor envergadura del posconcilio consiste en el necesario reajuste de las formas de vida en la Iglesia en el aspecto de la identidad y en el de la relación. Juan Pablo II lo reconoce en *Vita Consecrata*: «La necesidad de explicitar mejor la identidad de los diversos estados de vida, su vocación y su misión específica en la Iglesia» (VC 4); para los laicos en *Christifideles laici* (n. 15).

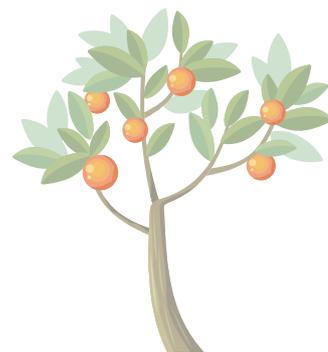
Solo así se pueden asumir valores similares, iniciar procesos comunes, compartir objetivos conjuntos y terminar en misiones y en vida compartida. Es decisivo en la vida saber correlacionar e incluir lo laical con lo consagrado, lo femenino con lo masculino, lo joven con lo adulto, lo sacerdotal con lo laical. Solo así somos capaces de resaltar los rasgos peculiares dentro de la identidad fundamental. Cuando se da esa identidad inclusiva, se consigue desarrollar un adecuado sentido de pertenencia al propio grupo y una apertura sana al de los demás. El fruto de todo esto es un pensar, sentir y actuar como religiosos y laicos interrelacionados y unidos; y ello tanto en el campo del trabajo vocacional, de la misión, de la formación, como en el de la iniciación en la espiritualidad. El paso siguiente será, y de hecho ya está siendo, una nueva forma de vida cristiana que incluye a laicos y religiosos, hombres y mujeres, sacerdotes y laicos. El verdadero reencuentro dentro de las familias espirituales se realiza en la vivencia del carisma y de la espiritualidad, y solo es posible cuando todos hacemos de la opción por la fe y por el carisma propio nuestra primera opción de vida. Por encima de lo que es una buena organización y planificación, el laico y el religioso deben aportar conjuntamente la intuición más revitalizadora y creadora de comunión: el primer valor de nuestra vida es Dios, el Evangelio, la fe. Así nacen y han nacido ya nuevas formas de vida cristiana.

EN LA RAÍZ DE ESTE NUEVO PLANTEAMIENTO

Este gran planteamiento, en buena parte teológico, algunos lo resumen gráficamente diciendo que hemos pasado de lo vertical a lo horizontal o de lo jerárquico a lo comunal. Esta maravillosa intuición viene del Concilio Vaticano II, y los buenos teólogos del Concilio lo toman del Evangelio y del pensamiento de los Santos Padres.

Los hay que complican el escenario e insisten mucho en que para lograrlo hay que mirar lo de lejos y tener una gran perspectiva y lo de cerca y tocar lo inmediato y cotidiano; lo de dentro, lo profundo y las grandes motivaciones y convicciones, y lo de fuera, la estructura y organización; lo de arriba, de donde nos llega el auxilio, y lo de abajo, donde se entona y encarna la gracia. Todo ello supone conversión en el sentir, en el pensar, en el hablar y en el actuar; desencadena un proceso que trae novedad y que atañe al campo de la misión y a la condición y calidad de la comunión, y que se sustenta en compartir la vida.

En todo esto nadie pierde y todos -laicos y religiosos- ganan. Para todos es un cierto suelo común donde nos arraigarnos y que permite, como algunos han afirmado, dar la adecuada respuesta a los desafíos de la vida y misión de laicos y religiosos (Antonio Botana). Es indispensable llegar a un nuevo ecosistema que nos permita seguir respirando, viendo, sintiendo, relacionándonos, caminando, alimentándonos y regenerándonos.



El tesoro común de la vida cristiana hemos podido ver que se había refugiado en la vida religiosa. Esta se había adueñado del Evangelio y pareciera que sus mejores exigencias le estaban reservadas en exclusiva a ella. La consagración, la comunión, la misión y en parte la formación, de hecho durante mucho tiempo no han tomado forma en la vida laical. Para superar este gran impasse y ofrecer a los laicos caminos de vivir estas grandes dimensiones de la vida cristiana, la aportación de Christifideles laici (1988) es muy valiosa. La vida de los creyentes, según este documento, gira en torno al misterio, la comunión y la misión. Por lo mismo, para que el don del amor se viva con intensidad (cap. 1) tiene que asumirse como un verdadero misterio; en el cap. 2 se analiza la Iglesia como comunión; en el cap.3 se entra en la Iglesia como misión. En el mismo esquema seguirá años más tarde el documento Vita Consecrata (1996).

No hay duda de que nuestra mirada a la historia de la Iglesia nos ofrece una gran intuición. Lo nuevo aparece, desaparece y reaparece. Es hilo conductor de la vida de la Iglesia. Así se renueva y renueva la sociedad en la que está.

Una vez más, este espíritu pide estructuras adecuadas. La savia del árbol, la espiritualidad, requiere de las ramas, del tronco, de las hojas y del fruto. Nos conduce a la raíz; no nos deja en la superficie. No nos confunde. Lleva a la conversión, al cambio real de vida. Nos mete en lo cotidiano, y tanto la del religioso como la del laico se hace contagiosa y comunicativa, y fácilmente entra el juego de dar y de recibir, de buscar y de encontrar, y así acogemos, leemos y celebramos la verdadera vida. Todos los elementos que hemos ido enumerando, tanto los que nos diferencian como los que crean nexo y conexión entre laicos y religiosos, son circulares. No podemos dejar de reconocer que nuestra historia personal, en este momento del acontecer histórico y eclesial, se está haciendo especialmente circular. *En el centro ponemos a Jesús, que es el centro y el motor de nuestro movimiento, y en el centro ponemos a María, que no es centro, pero nos centra en Jesús.* Es él y es ella los que hacen también circulares la misión, la comunión y la espiritualidad. Así llegamos a vivir fraternalmente y volcados en la misión, y la vida circula intensamente en nosotros. Tanto la vida como la misión no están en compartimentos estanco en la vida de la Iglesia; circulan de un foco al otro y mutuamente se oxigenan y se transforman en un "fecundo intercambio de dones entre los fieles laicos y las comunidades religiosas" (Vida fraterna en comunidad 70). Está claro que no habrá un compartir vida y misión si no se parte de una relación vital entre laicos y religiosos.¹⁶



16. "Las nuevas familias carismáticas o evangélicas favorecen esta comunión para la misión. En ellas, las "formas estables de vida" ya no se ordenan en estratos separados y jerarquizados, como era el caso de las antiguas órdenes. Sus miembros están animados por el mismo carisma y sirven a la misma misión, y desde esa base común se integran en "proyectos de vida y de misión", donde cada miembro enriquece al conjunto desde sus propios carismas particulares, desde su propio proyecto existencial", A. BOTANA, «Compartir carisma y misión con los laicos», a. c., p. 39.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR Y COMPARTIR

Después de leer y reflexionar el documento, nos escuchamos unos a otros:

(Que en el grupo haya una persona o dos para recoger la reflexión y la enviarla a la comisión a través del correo: secgral.ctsj@carmelitastsj.org)

1. Compartir lo que te ha llamado la atención. Aquello que has subrayado o el eco que deja en ti la lectura del documento.
2. Ideas para potenciar lo común entre laicos y religiosas.